

# EL COMPARSA

Porque—según relató, algún tiempo después, Juan Diego—él sabía—creía también—que la red estaba allí; oculta, es verdad—sería inútil negarlo— pero cierta, resistente, tendida de lado a lado sobre el abismo y segura la salvación que de ella dependía. El caso, en abstracto, no presentaba dificultades; él—el comparsa—actuaría ante la cámara como perseguido por sus enemigos—vagos enemigos, terribles enemigos—y su papel consistía en saltar al vacío—¿fingiendo? desesperación—para escapar. Un grito—esto era importante: no olvidar—y aquí terminaba la toma de la vista por parte de la cámara. Sin embargo, él caería de verdad—dando vueltas o rígido o como un paquete de ropa quizá—y sentiría toda la angustia de la caída vertiginosa, hasta que ¿se detuviera en la red? «Debo pensar que el Director no desea que me haga pedazos en el precipicio; sé que no es este su deseo, es más, sé que quiere salvarme—la red: una prueba—y me ofrece los medios para ello». Así pensaba—y era cierto—, pero... El temor comenzaba con lo desconocido, es decir, por su propia ignorancia. Porque el comparsa tenía pruebas de que el Director había prometido aquello—la red, seguro medio de salvación—sólo que a él no se lo había dicho personalmente. En verdad esto no tenía demasiada importancia si se consideraba que el comparsa ni siquiera conocía de vista al Director. «Pues—trataba de asegurarse—es natural que tan gran personaje no tenga tratos directos con un partiquino como yo. El da sus órdenes desde arriba—un arriba vago y lejano—y ya tiene a sus secretarios y ayudantes para transmitirlos». Con todo—es curioso, con todo, porque era algo absoluto—de aquella misma promesa de seguridad—transmitida por el Ayudante de Dirección—nacía insistente el temor. El comparsa recordaba las advertencias o instrucciones y se estremecía; porque él debía arrojar-se decidido, con la seguridad absoluta de que iba a caer en la red, ya que, de no hacerlo así su propia indecisión podría provocar un falso movimiento que le desviaría de ella y en tal caso, su fin sería horrible e inevitable. «Inevitable, sobre todo esto porque—ironizaba tétrico—si falla, yo ya no podré